

Zuinglio creyó ver extraños abusos y que el pueblo estaba en algunos errores groseros sobre la eficacia de las peregrinaciones y sobre otras prácticas, y empezó por atacar estos abusos en sus instrucciones y discursos.

Entre luteranos y calvinistas se ha agitado la cuestion de si fué Lutero ó Zuinglio el que concibió el primer proyecto de Reforma. Para nosotros es cuestion harto baladi, y no nos ocuparemos en examinar las razones presentadas por una y otra parte, porque de ello no sacaríamos la menor utilidad. Sin embargo, diremos que un escritor hace la observacion de que Lutero habia tomado sus opiniones de los libros de Wiclef y de los husitas, y que no es de admirar que Zuinglio haya tomado las suyas de la misma fuente, y se haya fundado en los mismos argumentos. Que el uno haya empezado á publicarlos el año 1516 y otro el año 1517, esto no importa nada para la verdad ó falsedad de la doctrina. Quédesse cada uno con su parte de gloria, poco envidiable por cierto.

Cuando Zuinglio empezaba á darse á conocer por la novedad de sus doctrinas, el papa Leon X hizo publicar en Alemania las indulgencias por los dominicos, y en Suiza por Bernardino Samson, franciscano. Zuinglio se levantó contra el abuso que aquel religioso franciscano hacia de las indulgencias, y sus declamaciones merecieron la aprobacion del obispo de Constanca, que se hallaba irritado contra Samson, porque habia penetrado en su diócesis sin su permiso y sin presentar sus Bulas como era su deber.

Nombrado predicador de Zurich, declamó con tanto rigor contra el franciscano, y con tales colores pintó sus abusos

que el cónsul prohibió la entrada en la ciudad á los portadores de indulgencias.

¿Y eran verdaderos tales abusos? Está probado que Zuinglio se fundaba en tradiciones inciertas y muy frecuentemente en fábulas.

Como quiera que un abismo conduce á otro, segun ya hemos dicho hablando de algun otro heresiarca, es lo cierto que Zuinglio atacó despues todas las tradiciones, asegurando que no debia admitirse como verdadero y perteneciente á la religion cristiana más que lo que se enseña formalmente en la Sagrada Escritura, y que debia desecharse como invencion humana todo aquello que no pudiese probarse por el contenido de los libros santos.

El magistrado de Lausanne creyó ver en la doctrina de Zuinglio un medio seguro para extirpar todos los abusos y un camino fácil para determinar los puntos sobre los cuales debia obedecerse al papa y al poder eclesiástico. En su consecuencia dirigió á todos los curas y demás predicadores un edicto del Consejo por el cual se les ordenaba que no predicasen más que lo que pudiesen probar por la palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura y que pasasen en silencio las doctrinas y ordenanzas humanas.

En aquellos dias escribia Lutero sus libros contra la Iglesia romana, y especialmente contra las indulgencias: por otra parte Zuinglio declamaba tambien sobre los abusos de las indulgencias, y otros predicadores hacian lo mismo, atacando, no ya los abusos de las indulgencias, sino las indulgencias mismas, el culto de los santos, los votos monásticos, el celibato de los sacerdotes, y hasta la misa.

Ya observará el lector que la mayor parte de los heresiarcas ó han defendido la comunidad de mujeres, si han sido laicos, ó se han opuesto decididamente al celibato del clero, si á esta clase han pertenecido. No es necesario discurrir mucho para descubrir la causa. Es que, generalmente hablando, no los llevó al campo del error una ofuscación del entendimiento, sino el apetito de los desórdenes de la carne. Ya veremos al ocuparnos del protestantismo los grandes escándalos que en esta materia dió el monje apóstata Lutero. El demonio al cegar á algunos hombres para que se aparten del camino del bien, y que crean ver luz allí donde solo existen tinieblas, procura conducirlos por la senda que más puede ilusionarlos, y esta es ciertamente la de los placeres sensuales. Tal fué la conducta de los grandes sectarios del siglo xvi, que negaron la autoridad á la Iglesia docente, y que hicieron una guerra verdaderamente cruel al catolicismo.

Hé aquí unas reflexiones de Bergier que no debemos dejar pasar desapercibidas: «Es una afectación pueril de los protestantes el querer persuadir que toda la caterva de pretendidos reformadores que aparecieron de repente en diferentes países de Europa en el siglo xvi eran otros tantos inspirados que Dios había iluminado, ú otros tantos genios superiores que por un estudio profundo y constante de la Sagrada Escritura vieron poco más ó ménos en el mismo tiempo los errores, abusos y desórdenes en que había caído la Iglesia romana. Pero por poco que se conozca la historia de los siglos xii, xiii, xiv y xv, sabemos que en este intervalo la Europa no había dejado de ser infestada por secta-

rios que tan pronto sobre un artículo como sobre otro habían empleado contra la Iglesia católica las mismas objeciones, los mismos abusos de la Sagrada Escritura, y las mismas calumnias. Los pretendidos reformadores no hicieron más que reunirlos, y formaron sus sistemas de lo que hemos dicho.

«Solo el testimonio de los protestantes basta para convencernos de ello. Para probar que no es nueva su doctrina, se dan por antepasados á los albigenses, á los valdenses, á los lollardos, á los wiclefitas, á los husitas, etc. ¿Cómo quieren por otro lado pintarnos á sus fundadores como espíritus sublimes, que por sus propios conocimientos han descubierto toda la verdad en la Sagrada Escritura, y no han tenido otros maestros que la palabra de Dios? En realidad, eran simples copistas y puros plagarios. No se puede ver sin indignación á los escritores protestantes prodigar el nombre de *grandes hombres* á una multitud de aventureros cuya mayor parte eran sacerdotes ó monjes apóstatas, que habían sacudido el yugo de la regla para ser libertinos impunemente.»

Pudiera haber añadido Bergier que en vez de *grandes hombres*, eran *grandes criminales*. La expresión podrá parecer dura; pero preguntamos ¿qué nombre se da en la sociedad al que falta á la fé jurada, al hombre que rompe los compromisos contraídos y especialmente al que olvidado de todos sus deberes maltrata á la madre que le dió el ser? ¿Habrá dificultad en llamarle criminal? ¿Pues con cuánto mayor motivo no podremos dar igual calificativo al que obra del mismo modo en el órden espiritual que es superior

al temporal? ¿Y qué hicieron esos sacerdotes y esos monjes? ¿No faltaron á la fé jurada al pié de los altares? ¿No se desentendieron de todos sus compromisos? ¿No pisotearon los votos con que se habian ligado? ¿No destrozaron las entrañas de su madre la Iglesia que los habia amamantado con la leche de su celestial doctrina y los habia llamado á una vida de perfeccion, á la suerte del Señor? Véase, pues, si hemos pecado de ligereza al aplicar la frase. Continuemos ahora la narracion del sabio escritor: «Si al ménos, dice, se hubieran convenido nos podrian engañar con sus pretensiones; mas apenas hubieron reunido algunos prosélitos, que cada uno de ellos quiso formar bando separado. Aunque Zuinglio convenga en algunos puntos con Lutero, sin embargo estaban en oposicion en dos ó tres artículos principales de doctrina. Lutero era predestinador rígido, todo se lo concedia á la gracia en el asunto de la salvacion, negaba el libre albedrio del hombre. Zuinglio, por el contrario, parecia adoptar el error de los pelagianos, y concederlo todo al libre albedrio y á las fuerzas de la naturaleza; pretendia que Caton, Sócrates, Escipion, Séneca, el mismo Hércules y Teseo, y demás héroes ó sabios del paganismo habian ganado el cielo con sus virtudes morales. No obstante Basnage ha querido justificarlo; pretende que, segun la doctrina expresa de Zuinglio, nadie puede llegar á Dios sino por Jesucristo, y que la gracia justificante es absolutamente necesaria. Pensaba pues que los filósofos podian haber tenido conocimiento de Jesucristo, como Melquisedech, los magos y demás justos que estaban fuera de la antigua alianza, que podian pues haber tenido una gracia interior para pro-

ducir los excelentes preceptos de moral que han enseñado. En esto, continúa Basnage, Zuinglio pensaba como san Justino, san Clemente Alejandrino y san Juan Crisóstomo. *Hist. de la Iglesia, lib. 25, c. 4 y 9.*

»En esta apologia hay dos groseras inexactitudes: 1.º Para evitar el pelagianismo, no es suficiente admitir la necesidad de una luz interior para alcanzar la salvacion; se necesita tambien de mocion sobrenatural en la voluntad que la excita á hacer el bien y á comprender á las luces del entendimiento. Esto es lo que ha sostenido san Agustin contra los pelagianos, y lo que ha decidido la Iglesia. ¿Ha podido sostener Zuinglio sin impiedad, que los paganos que murieron en la profesion de la idolatría, han recibido el movimiento del Espiritu Santo, y han tenido la gracia justificante?

2.º Verdaderamente que algunos Padres han creído que Sócrates y algunos otros paganos tuvieron algun conocimiento del Verbo divino, que es la razon soberana, y que en algun modo han sido cristianos con respecto á esto; mas nunca han soñado como Zuinglio, que este conocimiento ha bastado para conducirlos á la salvacion, que tuvieron la gracia justificante, y que están en el cielo. Si fuera necesario, fácilmente citaríamos sus palabras, y veríamos que Basnage ha querido engañar á los lectores poco instruidos.

»El segundo artículo en que Zuinglio no convenia con Lutero, era la Eucaristía. El primero pretendia que en este sacramento el pan y el vino no eran más que una figura ó una simple representacion del cuerpo y sangre de Jesucristo; en vez que Lutero admitia la presencia real, aunque desechó la transustanciacion. Zuinglio decia que el sentido

figurado de estas palabras, *este es mi cuerpo*, le había sido revelado por un genio blanco ó negro; confirmaba esta explicacion con estas otras palabras: *el cordero es la Pascua* en las que *es* equivale á *significa*. Parece que el genio blanco ó negro de Zuinglio no era un gran doctor; el verdadero sentido no es que el cordero es el *signo* ó la representacion de la pascua ó del paso, sino que es la *victima* de la Pascua, ó del pase del Señor; el mismo texto lo explica así. *Exod.*, xii, 27.

»En vano el año 1529, Lutero y Melanchthon por un lado, Ecolampadio y Zuinglio por otro se reunieron en Marpourg para conferenciar sobre sus opiniones, y tratar de aproximarse; no pudieron convenir en nada, y se separaron sin haber hecho nada, muy malcontentos uno de otro. El rompimiento entero entre los partidos se hizo en 1544 y aun dura; todas las tentativas que despues se han hecho para reconciliarlos, no han producido ningun efecto.»

Con el mayor gusto hemos reproducido las anteriores reflexiones del sabio autor del *Diccionario de Teología*, porque ellas nos llevan como por la mano á otras del mayor interés y de grandísima importancia. Uno de los hechos que más poderosamente deben llamar la atencion del hombre observador al estudiar la historia del cristianismo, es que solo esta religion, solo su doctrina entre todas las demás que se han extendido en el mundo, ha podido constituir una sociedad intelectual tal cual la formamos los hijos de esta Iglesia. Ninguna de las otras doctrinas por grandes que sean los esfuerzos que hayan hecho sus autores y propagadores, por mas que hayan contado con elementos más á propósito para realizar sus proyectos, ha podido crear esa

unidad intelectual, esa unidad de creencias, que forma una de las mayores glorias del catolicismo. Esta unidad es propia y peculiar del catolicismo, es un privilegio de su doctrina, porque ella solo viene de Dios y cuenta con la asistencia del Espíritu Santo.

Si fijamos la atencion en la larga época del paganismo, vemos una multitud de escuelas filosóficas, en algunas de las cuales resplandecian sabios de primer orden, que aun son admirados en el mundo, y sin embargo, jamás consiguieron fundar un dogma fijo, una creencia única, una doctrina universal. Las razones expuestas por los unos no satisfacian á los otros, y de aquí el no poder llegar jamás á un acuerdo. Y despues de la promulgacion del Evangelio ¿no ha sucedido lo mismo? ¿Cuántas escuelas, cuántos sistemas, cuántas sectas no han trabajado con ardor por conseguir esa unidad intelectual, esa unidad de doctrina con la que soñaron los soberbios reformadores del siglo xvi? ¿Y qué han conseguido el deísmo, el arrianismo, el protestantismo, el racionalismo y los más modernos sistemas? Sin fijarnos ahora más que en el protestantismo, del que vamos á ocuparnos muy pronto con detencion, ¿no le vemos girar en un perpétuo círculo de dudas y en continuas variaciones desde su mismo nacimiento sin conseguir jamás formar un dogma, una idea constante á pesar de tener siempre entre sus manos la Biblia, que, segun ellos, contiene todo el sistema religioso y todas las verdades á que debe rendirse el entendimiento humano? ¿Y es este por ventura un fenómeno inexplicable? Nada ménos. Basta á un hombre de recto criterio examinar el hecho para confesar de plano que

solo el catolicismo posee la verdad, y que por eso en él solo respaldece la unidad.

Apenas Lutero se separó de la Iglesia católica empezando á sembrar la venenosa simiente de sus errores, ya tuvo el disgusto de ver levantarse dos rivales, otros dos jefes de secta, Calvino y Zuinglio, los cuales le hicieron una cruda guerra, sin que pudiese jamás dominarlos ni ponerse de acuerdo con ellos. Léase la *Historia de las variaciones*, escrita por Bossuet, y se verá que jamás ha habido entre ellos unidad de creencias. Desde que el gran obispo de Meaux escribió su inmortal obra hasta el presente, aquellas variaciones se han multiplicado, puede decirse que hasta el infinito, pues son hoy innumerables las ramificaciones de la secta, como tendremos ocasion de demostrar muy en breve.

Ya hemos visto que reunidos alguna vez para poner término á sus discordias, y tratando de arreglarlas por cesiones reciprocas, se separaron sin llegar á entenderse. Reconociendo el espíritu privado como regla de fé, pudiendo, segun él, interpretar las Escrituras, establecieron una anarquía que dá á comprender cómo se han multiplicado las sectas hasta el número de más de ciento.

La Iglesia católica ha podido realizar únicamente lo que ha sido imposible á todos los demás sistemas y escuelas que no obran bajo su dependencia. Ella sola ha podido extenderse de Oriente á Occidente, de Septentrion al Mediodia, formando una vastisima sociedad: en todas partes profesa idénticos principios, cree los mismos dogmas, abraza y definiendo las mismas verdades, sin division ni confusion de

ninguna clase, porque tienen un solo y único cimiento. Oigamos las palabras del divino Fundador de la Iglesia, dirigiéndose á sus apóstoles y discípulos: « Como mi Padre me ha enviado, yo os envío á vosotros... Id, y enseñad: yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1)... Cuando viniere el Espíritu consolador que procede del Padre y que yo os enviaré, él os enseñará toda verdad (2). » ¿Quién no vé aquí perfectamente explicado el gran fenómeno de la unidad católica y la causa por que ningun otro poder en el mundo ha podido realizar el pensamiento de sojuzgar las inteligencias sin violencia, reuniéndolas en un mismo punto, esto es, en identidad de ideas y de creencias? ¿Quién podrá sentir á vista de esto la menor simpatía por las doctrinas contrarias á las del catolicismo? Los politicos, los filósofos, los sectarios se agitan de continuo para crear una unidad, pero todos sus trabajos son vanos: el espíritu humano es impotente para crearla, pues que en manera alguna le es dado arrogarse esa autoridad suprema que es indispensable para someter todos los entendimientos á una verdad comun. Esta soberanía reside en el Espíritu de verdad que preside al catolicismo.

Otra reflexion, no ménos importante que la que más arriba hemos presentado á la consideración del lector, hace Bergier á propósito del rompimiento entre Lutero y Zuinglio: « Este espíritu de discordia, dice, nada se parece al de los apóstoles. Ninguno de estos enviados de Jesucristo ha redactado un símbolo particular de creencia, ni ha estable-

(1) Matth., xxviii, 19.

(2) Joan., xvi, 13.

cido un culto exterior diferente del de los demás, ni un plan particular de gobierno, ni ha hecho cisma de sus colegas; lo que san Pablo habia prescrito, ha sido observado en todas las iglesias apostólicas. Reprendió vivamente á los Corintios por una leve disputa habida entre jellos; queria que todos fuesen una alma y no corazon (1).» Dios, dice, no es el Dios de la disension, sino de la paz, como yo lo enseño en todas las iglesias de los Santos (2). El reino de Dios consiste en la paz y en la alegría del Espíritu Santo; busquemos pues todo lo que contribuye á la paz (3). Dios ha dado á su Iglesia pastores y doctores... para que todos llegásemos á la unidad de la fé... y que no estemos flotantes ni seamos llevados á todo viento de doctrina como niños (4). El Apóstol pone en la clase de las obras de la carne los odios, las disputas, los celos, los arrebatos, las disensiones, las sectas, etc. (5). De lo que se debe deducir que los fundadores de la Reforma lo han sido todo ménos doctores y pastores *enviados por Dios*, y que en ellos más obraba la carne que el espíritu.

»En efecto, entre ellos el que dominaba sobre sus colegas, hacia prevalecer sus opiniones, se formaba el partido más numeroso, prescribia del modo más imperioso lo que se debía creer, practicar ó desechar. Cuando no podia dominar por la persuasion, lo hacia arreglar todo por la autoridad de los magistrados. Tal fué en particular la conducta de Zuinglio:

(1) I ad Cor., i, 10.

(2) *Ibid.* xiv, 33.

(3) Ad Rom., xiv, 17.

(4) Ad Ephes., iv, 11.

(5) Ad Galat., v, 19 y 20.

lo mismo hizo Calvino, al mismo tiempo que Lutero se apoyaba en la proteccion de los príncipes del imperio. Las pretendidas iglesias que formaron, más se parecian á las sinagogas de Satanás, que á las sociedades de santos.

» Sucedió precisamente lo que san Pablo queria evitar; todos se dejaron llevar de cualquier viento de doctrina; solo el acaso decidió de la que por último se seguiria. En Alemania Lutero habia enseñado desde luego los decretos absolutos de predestinacion, y la destruccion del libre albedrío del hombre: Zuinglio profesaba en Suiza la doctrina contraria; el primero estaba por el sentido literal de estas palabras: *este es mi cuerpo*, el segundo por el sentido figurado: Lutero y Melanchthon hubieran querido conservar algunas ceremonias; Zuinglio y Calvino no permitieron ninguna, afirmando que todas eran supersticiosas. Despues de la muerte de Lutero, Melanchthon y otros suavizaron su doctrina con respecto al libre albedrío y á la predestinacion, admitieron la cooperacion de la voluntad del hombre con la gracia; bien pronto dejaron de enseñarse entre los luteranos los decretos absolutos. Por el contrario, despues de la muerte de Zuinglio, Calvino profesó estos decretos de un modo aun más escandaloso que Lutero. Los zuinglianos despues de haber manifestado al principio horror á esta doctrina, por último la abrazaron: ha dominado en las Iglesias reformadas de la Suiza casi hasta nuestros dias, puesto que adoptaron generalmente los decretos del sinodo de Dordrecht. Por último el socinianismo que se ha introducido en ellas, ha puesto otra vez en honor al pelagianismo de Zuinglio.»  
Las doctrinas de Zuinglio en cuanto al celibato, á la

Eucaristía, sobre el culto de los santos y las indulgencias, las hemos ya refutado en otros artículos, y del último punto hemos tratado detenidamente en la *Introducción* al siglo que nos ocupa. También sus errores se extendieron al sacrificio de la misa. Este punto, del que no hemos tratado en ninguno de los artículos anteriores, no podemos prescindir de tratarlo en este lugar.

El gran sacrificio expiatorio que en la plenitud de los tiempos debía consumarse para la redención del linaje humano, venía vislumbrándose á través de los tiempos patriarcales y proféticos. Aquellos sacrificios de la antigua ley; aquellas víctimas inmoladas por los pecados de un pueblo infiel y prevaricador, no eran otra cosa que la figura típica de Jesucristo, salvador de la estirpe culpable, que había de subir un día á la cima del Calvario, donde vertería su sangre para borrar con ella la escritura de la maldición del mundo.

En efecto, allí corrió con abundancia la sangre del Cordero divino, y aquella oblacion que fué perpetuada por el mismo Jesucristo como prenda de amor, de bondad y de misericordia en la memorable noche anterior á su pasión dolorosísima, viene renovándose diariamente sobre los altares del catolicismo de una manera tan inefable como real y positiva. Así lo consignó el santo concilio de Trento (1); así lo ha creído siempre la verdadera Iglesia de Jesucristo; así lo confesamos todos sus fieles hijos, reconociendo en el in-cruento sacrificio de la misa una renovación de aquel otro cruento que el Hijo de Dios, hecho hombre, consumó en la

(1) Sess. XXII, c. 1.

cresta del Gólgota. El Salvador dijo: «Haced esto en memoria mía,» y el catolicismo, respondiendo al mandato de su divino Fundador, no ha cesado ni cesará de ofrecer la hostia pura, santa é inmaculada, de una eficacia admirable no solo para los fieles de la Iglesia militante, sino también para los que son habitadores de la purgante.

En vano han querido algunos herejes presentar la misa como una institución humana; en vano Zuinglio acabó por abolirla como todo el culto católico. Es indudable que fué instituida por el mismo Jesucristo, que ordenó, como acabamos de decir, que se repitiese en memoria suya lo que acababa de realizar.

Los sacrificios de la ley antigua de que hemos hablado, eran impotentes para reconciliar á la humanidad con el Eterno Padre ofendido. No era la sangre de los corderos y de los becerros la que había de alcanzar la suspirada reconciliación. Aquellos sacrificios únicamente tenían virtud para apaciguar la justicia de un Dios ofendido, en cuanto estaban destinados á anunciar y significar anticipadamente la grande, la única ofrenda pura y aceptable que el Hijo del Eterno, nacido en tiempo del seno de una Virgen de Judá, debía ofrecer á su Padre celestial, vertiendo su sangre de valor infinito, en expiación de los crímenes de toda la raza de Adán. Esto prefiguraban los sacrificios de Abraham, Isaac, Jacob, Melquisedech y demás patriarcas, profetas y sacerdotes, así como las ofrendas de todo el pueblo de Israel, destinado por disposición divina á ser el depositario de la revelación y de las tradiciones divinas durante cuarenta siglos. Por esto, á pesar de haberse portado aquel escogido pueblo con mucha

ingratitude, olvidando parte de las verdades cuyo depósito se les había confiado, no dejó nunca de observar la práctica de inmolar anualmente el cordero pascual, tipo misterioso del Cordero sin mancha sacrificado un día en el Calvario.

El sacrificio agosto de nuestros altares es el mismo que en la cruz ofreció Jesucristo. Hé aquí únicamente las diferencias ó circunstancias notables que distinguen el sacrificio de nuestros altares del que ofreció Jesucristo en el Calvario. En este se honra al Eterno Padre, mas para honrarle concurre en Deicidio ; se ofrece Jesucristo, pero con dolores inefables ; se reconcilian los hombres con su Dios, mas este no se les comunica. En el sacrificio de la misa se honra al Padre sin ofensa, se sacrifica al Redentor sin dolores, los hombres se reconcilian con Dios y este se les comunica.

Jesucristo instituyó, pues, esta renovacion de su sacrificio, y por medio de esta oblation purisima descien den sobre la humanidad las bendiciones del cielo. El Mediador agosto que cada día se sacrifica sobre nuestros altares, desarma el brazo de su Padre al que cada día ofendemos con nuevas prevaricaciones y pecados. ¡ Qué seria de la misera humanidad sin la renovacion constante de ese sacrificio ! No insistiremos más en este punto.

Para terminar este ya largo articulo, diremos que Zuin gli ni resplandecia por un talento de primer orden, ni era gran teólogo ni profundo filósofo. Fué un hombre osado que quiso hacer un nombre. Toda su doctrina, como insinuamos al principio, está contenida en sesenta y siete articulos. Para justificarlos escribió una obra, en la que se ven las razones empleadas por todos los reformadores.

---

## LUTERO Y CALVINO.

---

### HISTORIA

DEL

### PROTESTANTISMO.

---

Hemos llegado ya á los tiempos de los grandes heresiarcas Lutero y Calvino, cuyos nombres pasan unidos á la posteridad porque fueron dignos el uno del otro. Ellos llevaron á cabo esa revolucion espantosa del siglo xvi, ese cisma que perdió la Alemania, que hizo suya la Inglaterra y que ha conducido á la perdicion á una multitud de almas de diversos paises. Más de una vez nos hemos visto obligados á hablar del luteranismo. De él nos ocupamos en nuestra *Historia de la Iglesia*, y tambien con algun detenimiento en nuestra *Historia de las Religiones*. Al historiar las herejías no nos es posible dejar de dedicar su parte á esta gran revolucion religiosa llevada á cabo en el centro